

# JUANITO TORRES, MANTENEDOR Y SO- LITARIO EN SUEÑOS

JUAN MARRERO BOSCH

BIG  
60-3  
MAR  
jua

---

TAGORO

11

*TAGORO*

APARTADO 949

LAS PALMAS DE G. CANARIA

**BIBLIOTECA  
SAULO TORON**

JUANITO TORRES, MANTENEDOR  
Y SOLITARIO EN SUEÑOS



*Calm.*

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
LAS PALMAS DE GRAN CANARIA
N.º Documento <u>484219</u>
N.º Copia <u>484223</u>

*Edición al cuidado de  
Fernando Ramírez y  
Lázaro Santana.  
N.º de Registro: 8-65.  
Depósito legal G. C. 515-65.  
Tagoro.  
Apartado N.º 949.  
Las Palmas de Gran Canaria.*

# JUANITO TORRES, MANTENEDOR Y SO- LITARIO EN SUEÑOS

JUAN MARRERO BOSCH

---

TAGORO

*Maria Isabel Lora Macario*  
1705

*A la niña desconocida  
que veo siempre los domingos  
a las puertas de la Iglesia de San Pablo.  
Al niño desconocido  
que veo siempre los domingos  
a las puertas del Estadio Insular.  
A los dos que nunca, jamás, me conocerán.*

«Oh Dios,  
no me atormentes más.  
Dime qué significan  
estos espantos que me rodean.  
Cercado estoy de monstruos  
que mudamente me preguntan,  
igual, igual que yo les interrogo a ellos.  
Que tal vez te preguntan,  
lo mismo que yo en vano perturbo  
el silencio de tu invariable noche  
con mi desgarradora interrogación».

(Dámaso Alonso: *Hijos de la Ira*).

**A** los catorce años de llegado al mundo, es decir, hoy 24 de Abril, Juanito Torres —Juan Buena-ventura Torres y Santana en el Registro Civil— vivía en la misma casa en que había nacido. Detrás, una calle más abajo, estaba la Avenida de la Playa de las Canteras, con ladrillos a dos colores, verdes barandillas y farolas verdes, escaleras grises hacia la pálida arena y finalmente el mar, apresado, diferente.

Cuando el viento soplaba por el Noroeste, Juanito Torres, que gustaba de pasar horas y más horas sentado en el patio, escuchaba muy bien el hondo ruido de las olas. Entonces parecía que la casa estaba frente a la playa; como si estuviera entre los modernos hoteles y las residencias para extranjeros que de un tiempo a esta parte, rápidamente, se habían construido.

A eso de las once de la mañana, el padre de Juanito entró en la casa. A veces le preguntaba a su mujer:

—Oye, Lola, ¿en qué crees tú que pensaré?

—Piensa tú en trabajar en algo fijo de una vez y deja al niño tranquilo— repetía invariable la madre de Juanito, que tenía la voz continuadamente ronca.

—¿Ya vamos a empezar?

Y Germán Torres —Germán Tomás Torres y

Parrilla en un folio del Registro—, maestro en anzuelos, y en lances de la pesca con caña, y sabio en conocimientos del tute subastado, y de cien kilos de peso, y cercano a los dos metros de altura, se fue a la cocina porque él mismo, personalmente, era quien lavaba siempre los pescados que sacaba de la mar, frente a las factorías de El Rincón, allí donde el agua es una inmensa y maloliente mancha verdeamarilla.

Pero Lola Santana, —María de los Dolores Santana y Santana en una hoja de los Libros del Juzgado—, la madre de Juanito, pertenecía al insistente respirar de la discusión y se iba en pos de su marido.

—Sí, señor; empiezo y sigo y terminaré cuando me de la gana. ¡Pues no faltaba más!

—Se dijo.

—¿Pero tú no te das cuenta Germán que el día que se nos ponga alguien malo en esta casa no vamos a tener ni un duro para el médico? ¡Ni un duro! ¿Cómo hay que decirte a tí las cosas?

—¿Ya estás otra vez con lo del Seguro?

—¡Sí, sí y sí, porque lo bueno de trabajar es estar asegurado y más nada! ¡Y no me gastes tanta agua en los sargos esos, que está carísima!

Juanito Torres nunca intervenía en los rápidos diálogos de sus padres. Con los abiertos ojos clavados en las nubes blancas que atravesaban el cielo del patio parecía casi un soñador.

—Mi niño. Te vas a quedar ciego de tanto mirar siempre a la luz.

Africa, Afriquita Santana, la tía de Juanito por parte de su madre, se había quedado soltera y habitaba en la casa de Germán Torres.

Juanito sonreía continuamente a su tía cuando, durante la mañana, mientras ella limpiaba cien veces, y más si fuese menester, suelos, muebles, ventanas y paredes, salía, entraba y revoloteaba sin tregua en torno de Juanito.

—Mi niño.

Y a sus faenas, obstinada, tornaba Africa, Afriquita Santana.

Y las voces desde la cocina:

—No, si ya lo sé que a tí te da lo mismo, ya lo sé. Tú, con tal de poderte ir a pescar, hombre feliz y contento ¿verdad? Y vas porque te gusta y más nada.

—¿Entonces? Y ya quisiera mucha gente comer el pescado que comemos nosotros.

—¡Vaya una cosa! Además, si por lo menos fueras todos los días. Germán.

—Qué.

—¿Tienes subastado esta noche?

—A lo mejor.

—¿Cómo, a lo mejor? ¡Cuándo será el día, Dios mío, que vea yo un duro de los que ganas con la dichosa baraja, cuándo! Pero como son para el ron, claro. Y luego, si hay baraja, baraja y ron por supuesto, al día siguiente no me vas a pescar. Bueno, ¿tú me estás oyendo, sí o no? ¿Tienes baraja esta noche?

—Que no sé, te digo.

—Pues yo tengo que saberlo para saber si tengo que coger dinero de la lata de Juanito ¿te enteras? Porque la mía está vacía para que lo sepas. Para variar, vacía del todo. Del todo.

—Ya me lo dijiste ayer.  
 —Ahora mismo te la enseño, para que lo veas.  
 —Y anteayer.  
 —No, si te la voy a traer ahora mismo. ¡Pero, Jesús, cierra la llave ya, Germán, que el agua no la regalan!

—Tú no entiendes de esto.  
 —¡Que cierres la llave te digo, contra! Claro, tú tan tranquilo porque tienes a Juanito ¿verdad? ¡Todo el mundo tranquilo aquí dentro!

—Y tú también. Y tu hija.  
 —No te metas con la niña ¿sabes? Oye, déjame ver las cabrillas esas.  
 —Estáte quieta.  
 —¡Africa!

—Lola ¿qué es lo que vas a hacer con ese pescado? Suéltalo ahí.  
 —A ver si nos lo compra Doña Carmen, idiota. Eh ¿y qué te estabas figurando? ¡Africa! Si será bobo el hombre este. ¡Africa! ¿Pero es que no me oyes?

Africa, Afriquita Santana, cuarentonísima y obedi-diente, surgió en la puerta de la oscura cocina.  
 —¡Jesús! ¿Pero dónde estabas metida, mujer? Ni que la casa fuera un palacio. Mira, vete a toda prisa a casa de Doña Carmen y le llevas las cuatro cabrillas estas. A ver si sacas veinte y cinco duros, Africa, que aquí lo menos hay dos kilos. Vete corriendo que ya son lo menos las once y media.  
 —Ya voy.  
 Pero Africa, Afriquita Santana, se detuvo. Se volvió.

—¿Y Juanito? —dijo medio trémula.

—¿Pues tú no lo estás viendo ahí, en el patio?  
¿Qué te pasa? ¡Jesús, vete ya mujer, por Dios!

—Lo que lleva tu hermana no pesa ni kilo trescientos— sentenció Germán Torres que tenía balanzas por ojos para todo lo del mar.

—Ah, cállate tú. ¡Vete deprisa, Africa! ¡Que yo no quiero coger hoy dinero de la lata de Juanito!

Pero su hermana no podía oírla porque ya volaba sobre las aceras, con los peces muertos bajo el brazo, envueltos en un periódico viejo.

Y Juanito que la había visto salir le había sonreído.

Lola Santana le dijo a Germán Torres, en el patio:

—Sécate las manos en ese trapo. Mira, Germán, en serio, ven para acá. Se está terminando Abril, hoy es veinticuatro. Ya, ni extranjeros quedan casi para que salgas con ellos, aunque sea por dentro de la Barra Grande, nada más. Y a Juanito se le acaba la Liga de la pelota el domingo que viene ¿tú te habías dado cuenta? ¿Sí? A ver de dónde sacamos ahora el dinero. A ver.

Juanito, en su sillón, continuaba en silencio.

Germán Torres fue a la escalera —treinta escalones— que llevaba a la azotea. Y dijo, con comodidad o con esperanza:

—Ahora empieza la vela latina. Todos los sábados y todos los domingos. ¿Es que ya no te acuerdas lo que ganó Juanito hace tres domingos, cuando el Deportivo jugó fuera; es que ya no te acuerdas? Más de quinientas pesetas.

Juanito, ese día, siguiendo por tierra las regatas de botes desde el mismo túnel de La Laja hasta el mismísimo Muelle Grande, se había cansado mucho, mucho, pero no dijo nada a sus padres.

—Y, además, —seguía Germán Torres, tres escalones hacia arriba— al Deportivo le queda todavía los partidos de Copa. Y están los Juveniles y la Liguilla Interregional.

Otro escalón.

—Si no, Lola, pregúntaselo a Pablito cuando llegue, para que veas. Y la lata de Juanito debe estar más llena que todas las cosas.

—¿Llena? ¡Ay, Dios mío, llena! ¿Tú la quieres ver? Llena, dice.

—¿Y por qué no?

Lola Santana bajó más la voz:

—El vestido de Lolita ha salido carísimo.

Germán Torres cuando se enfurecía, lo hacía tenuemente, sin que apenas se le notara.

—Ah, ya, el vestido de la niña.

—¿Y qué quieres si se ha quedado finalista para el Parque? Oh.

—Bueno, yo no quiero saber nada de eso; ya te lo tengo dicho.

Germán Torres ascendió, algo más deprisa, varios escalones más.

—Caray contigo. A ver si algún día te vá a mantener ella también. También tú... ¿Pero qué es lo que te ha hecho la niña, caramba? Mira, Germán, Lolita está en la azotea, te lo advierto. Para que lo sepas.

Desde las cercanas alturas, hacía unos minutos

que venía una voz medio desafinada que cantaba, sin eses en los finales ni ces en el medio, el bolero «Sabor a mí» que había estado de moda en el invierno.

—Ni que estuviera yo sordo.

—¡Qué gracioso! Germán, a la niña me la dejas tranquila ¿te enteras?

—¿Yo?— Y Germán Torres, a mitad de la escalera —treinta escalones— hizo el terrible ademán despectivo: el insignificante.

Y Juanito, su hijo, con toda seguridad, lo veía subir.

Fue entonces cuando Lola Santana elevó su grito afónico, llamando. Y era un tono nuevo, atravesado por una profunda pasión.

—¡Lolita! Asómate, mi hija. —Agregó a su marido que parecía contar los tramos— Tú te reirás de la niña; sí, tú riéte, pero este año se lleva el primer premio en el Parque. Al tanto. Jesús, Germán ¿por qué no arreglas las cañas que te encargó Don Francisco? Mira a ver, hombre. ¡Lolita! Germán, ahora tienes tiempo hasta la hora de comer.

Se asomó desde la azotea una cabeza morena y despeinada:

—Qué.

—Lolita, mi hija, que hace mucho aire ahí arriba, ¿para qué estás cantando? ten cuidado, mi niña.

El Festival de la Canción que organizaba el Ayuntamiento en el Parque de San Telmo daba comienzo tres días después, el 27 de Abril.

Germán Torres que había subido todos los escalones murmuró:

—Pobrecita, no se vaya a quedar ronca como su madre.

Y se quedó en pie, inmóvil en medio de la azotea, bajo el viento que trae la sal, pensando en nada.

—Por Dios, mamá, que exagerada eres.

Lolita Torres, diecinueve años, miró de reojo a su padre y continuó secándose el pelo. Se volvió a la terraza de la casa contigua, por la izquierda. Loly Torres no saludó a su padre. Lolina Torres, ojos negros enormes, observaba a un hombre joven que leía un libro, en actitud displicente, en la azotea de al lado, por la izquierda. Mary Lola Torres, con la boca grande y ordinaria, tenía las faldas por encima de las rodillas y las piernas eran un prodigio de construcción. Mariló Torres, llamativo busto, la hermana de Juanito, vestía a veces un conjunto de dralón que le había regalado un pretendiente peninsular y entonces detenía sin casi, casi, la circulación humana y rodada.

Los administrativos de una empresa de ladrillos que estaba instalada en su calle equivocaban las nóminas.

—Chacho, es que te pone la cabeza llena de bichos. Llena.

Las vecinas, en cambio, se asqueaban:

—Ahí va, ahí va. Esa lo que es, es una llamativa y una ordinaria.

—Mírala. Fíjate, fíjate. ¡Pero, fíjate!

Lola María Torres se esponjó el pelo. El joven vecino parecía absorto en la lectura. Loló Torres recordó que tenía que hablar con su madre y como le molestaba la presencia de su padre en la azotea decidió bajar.

Una niña apareció entonces en la azotea de la casa de la derecha. Era amiga de Juanito Torres.

Sí, era su mejor amiga.

Lolín Torres pensó lo que, al menos una vez en el día solía proferir, sobre todo a sus acompañantes, peninsulares siempre:

—A mí, lo que pasa, es que hay mucha gente en este mundo que me atacan los nervios. Mi padre, el primero. Pero así, atacados. ¡Fuerte gandul!

La niña, que era rubia, se puso a mirar para la casa de Germán Torres y Lolola Torres empezó a descender los escalones —treinta— que conducían al patio.

Juanito la vió bajar. Fueron faldas agitadas, una fugaz visión de esplendentes muslos y mucho taconeo. Porque Lolita Torres usaba zapatos de alto tacón todo el día, todo el santo día, todo el diabólico día, desde que se levantaba hasta que se iba a dormir.

—Oh, Johnny ¿qué pasa? Oye, mami.

—¿Pero ya se te secó el pelo, mi hija?

—Regular. Mami —era un tono meloso—, mami, ¿tú no crees que una rosa amarilla, así, aquí, le vendría monísima al vestido?

—Oye ¿tú sabes que tienes razón?

—¿Verdad? Es que está un poco soso, así como está. Juanito ¿tú me la regalas, verdad, mi rey? Mira, mami, vamos al espejo de tu alcoba que te lo voy a explicar bienísimo...

—Jesús, mi hija, pero si tienes todavía el pelo empapado... ¿Por qué bajaste? ¿Es que te dijo algo tu padre?

—¿Ese? Sí, hombre, pues no me faltaba a mí

más que eso. Anda, vamos. Oye, ¿quién es ese chico que está en la casa de Don Manuel?

Por doquier veía Lola Santana soluciones para Lolita Torres.

—Ay, no sé. Esa gente siempre tiene invitados de afuera. Mira a ver, mi hija, mira a ver.

—Por cuanto, mamá. Pero si es bobo. Se pasa todo el día leyendo.

Después Lolita se volvió hacia Juanito:

—Ya está tu amiga arriba, esperándote.

—¿Quién, Pinito? —preguntó la madre.

—Claro ¿quién iba a ser? La niña farola esa. Aj, yo no la puedo tragar.

La sólo hija de los señores Torres —inscrita como Dolores Torres y Santana y nada más— guardaba múltiples y siniestras antipatías a menores, mayores y maduros.

—Porque se puede— remataba, frecuentemente, para redondear la frase.

Desde la calle entraron Africa, Afriquita Santana, y Pablo Torres Santana, el hermano mayor de Juanito. Africa, Afriquita Santana, —que no constaba legalmente nacida en Juzgado alguno, por olvido de sus padres—, traía unos billetes en la mano izquierda.

—¿Te dieron los veinticinco duros, Africa?

—Once duros y más nadita.

—¿Qué me estás diciendo? ¿Pero tu estás boba, Africa?

—Es que tenía razón tu marido, Lola...

—Pero, ¿tú eres idiota o qué?

—...Que no llegaba al kilo trescientos, Lola...

—Anda, trae para acá, idiota.

—...De verdad, Lola...

—Trae para acá, trae. ¡Boba! Esa Doña Carmen, lo que pasa es que es una agarrada y más nada. Mire, Vd., once duros ¿y qué hago yo con ésto?

—Con no venderle más pescado tienes, mami— propuso categórica Lolita Torres.

Pablo Torres, el hermano mayor de Juanito, llevaba siempre un peine rojo en el bolsillo de atrás del pantalón vaquero —japonés legítimo comprado en la Plaza del Puerto —, y, a cada momento, se contemplaba en el primer espejo que se tropezaba para retocarse meticuloso un mechón que le caía sobre la frente. Pablo Torres —Germán Pablo Torres y Santana, en las partidas de nacimiento, Pablito en el fútbol—era apuesto, de veintitrés años y por oficio sabido sólo hacía jugar de centro delantero o de interior en punta en un equipo de Ciudad Alta. Tenía siete pantalones, a cual más estrecho; camisas, cazadoras y jerseys, cinco pañuelos para el cuello y una sola corbata y una americana sólo.

—Yo voy como se va ahora. Pues, claro ¿Qué te pasa a tí?

Nadie, nadie, sabía a cierta ciencia de dónde obtenía Pablito el dinero para ir al cine todas las noches. Y al cabaret. O a los bares. ¿Y para fumar bien y tomar tantos aperitivos?

—De las suecas, mujer. Si mi hermana, la casada, lo ha visto un montón de veces en Las Cuevas decían algunas jovencitas del barrio, que hasta se iban a las Rehoyas a verlo jugar al fútbol.

—Pues yo con quien lo he visto es con suecos viejos— afirmaba algún deslenguado que otro.

De pronto Pablo dijo, preocupado aún por sus ondas capilares, frente al espejito mediorroto que colgaba en el patio:

—Un momento, mamá. Que Juanito tiene partido esta tarde.

Y Lola Santana:

—¿Qué? ¿Esta tarde? Pero si hoy es jueves.

Y Pablito:

—De la Liga Interregional, mamá, de la Liguilla. Aquí, por lo visto, ya tía Africa no se entera de nada. Y va a ir bastante público. Es a las cinco y media. San José-Firgas. ¿Algo más? Anda Juan, y tú que te creías que no ibas a ganar nada hoy ¿eh?

Pablito Torres, en el fondo de los fondos de su vacío corazón, profesaba una considerable admiración y también hasta ternura hacia su hermano Juanito.

Censuró Lola Santana:

—¿Lo estás viendo, Africa? Hay que estar al tanto de todo que esa es tu obligación. Yo no sé lo que te está pasando a tí, Jesús. Ya tu ves, si no llega a ser por Pablito perdemos una tarde.

—Y que ya no es la primera vez, mamá. Yo, ya tengo derecho a comisión.

—¡Quítateme de delante!

—¿Eh? Y se cree que lo digo de bromas.

Sentenció Lotita Torres:

—Y que esa gente del campo tiene dinero a espuertas, aunque no lo parezca. Y cuando bajan a Las Palmas porque juega su equipo, vienen todos.

—Adiós, ya salió Sarita Montiel —dijo Pablito todavía con el peine en ristre.

—Que más quisiera esa que tener mi edad.

—Corta, corta, corta ya.

Lolita y Pablito discutían todos los días. Pero como ambos poseían muy graves razones recíprocas para amenazarse se callaban enseguida.

A Lola Santana le había asaltado la eterna excitación del dinero a ganar.

—Venga, venga, Africa, a prepararle la comida al niño inmediatamente, venga. Tienen que salir a las dos.

—Mamá, dame mi bañador.

—¿A qué hora vas a venir a comer, Pablito? Yo te dejo la comida fría, ya lo sabes. Tu tía tiene que salir con Juanito y no hay nadie para calentártela.

—Que sí, hombre, que sí. Mi bañador.

—Jesús, mami, por Dios, llevo diez minutos esperando para explicarte lo de la rosa.

—Sí, mi hija, tienes razón. Espera. Pablito, súbele enseguida el sillón a tu hermano a la azotea.

—¿Otra vez yo? ¿Dónde está papá?

—Pablito, haz lo que te digo.

—Sí, seguro que está arriba sin dar golpe.

—Pablito, no me pongas más nerviosa de lo que estoy, ¿me estás oyendo?

En la cocina, Africa, Afriquita Santana, era ya un torbellino de amor preparando la comida de Juanito. Para ella, bastaría con un plato de sopas, rociado con gofio. Africa siempre comía con Juanito cuando éste tenía trabajo. Porque Africa acompañaba siempre a Juanito.

En la azotea, el viento se detuvo un segundo y el mar se alejó. La niña rubia le preguntó a Germán Torres que seguía pensando en nada:

—Oiga ¿no sube hoy Juanito?

—Sí, mi niña, ahora mismito.

Germán Torres despertó de su quietud y abrió un cuarto pequeño al final de la azotea. Lleno estaba de cañas de pescar. Y de liñas. Y anzuelos. Era un cuarto para trabajar que estaba casi siempre cerrado.

Y la niña se quedó sola con los brazos blancos apoyados en el muro que dividía casa y casa.

Pablito, resoplando, venía subiendo las escaleras de la azotea con el sillón de Juanito a cuestas. Cuando remató los treinta escalones le dijo a su hermano:

—Te lo pongo aquí mismo para que estés al lado de Pinito.

Y bajó a desvestirse para ir a la playa:

—¿Pero dónde está mi bañador, contra?

Pinito y Juanito se sonrieron. Estaban junto a la escalera y se veía el patio al fondo, cerca. La niña llevaba cantante la voz:

—Ya oí que tienes trabajo del bueno esta tarde. Comerás aquí arriba ¿no? Volví a misa esta mañana. ¿Tu tía ya te está haciendo la comida?

El reloj dió el mediodía. Y brilló el sol, de pronto, fuerte.

—Y como todos los días, Juanito, le recé a Dios por tí. A Padre Dios.

Germán Torres, dentro del cuarto de las cañas, cerró la puerta y volvió a pensar en nada.

—¿Sabes para qué, Juanito? Para la felicidad, fíjate. Nada menos.

Delante del espejo del armario de sus padres, que era el mayor de la casa, se probaba Lolita Torres, por centésima vez, su vestido azul celeste de

artista —canción moderna—, con aplicaciones de seda y tul, e indicaba a su madre una hipotética flor junto a la cintura.

—Recé para que seas feliz, Juanito. De una vez.

Y Lola Santana admiraba el cuerpo y la prestancia de su hija. Y tanto vestir en aquel vestido.

—Pobre Juanito.

Pablito Torres, entre la ducha y el retrete se ajustaba el traje de baño, verde, mínimo y rayado.

—Y algún día, Juanito, tu serás más feliz que todas las cosas, porque eres buenísimo y mi padre dice siempre que si no fuera por tí, que qué sería de tus padres y de tus hermanos.

Africa, Afriquita Santana, en la cocina, quitaba un caldero y reponía otro. Toda la casa se llenó del olor de la diaria comida barata.

—Y dice mi padre que lo que pasa en tu casa es una vergüenza, Juanito. Que no hay derecho a hacer lo que están haciendo contigo.

Hoy, 24 de Abril, a mediodía, Pinito, entre curiosa y sorprendida, tocó un hierro del sillón de Juanito, hacia la derecha. Y dijo.

—Pero si es el freno... ¡ya cómo brilla! Eso es que tu tía te lo limpió anoche ¿verdad? ¡Ya cómo brilla!

El sillón de Juanito Torres tenía un freno por delante y otro en el respaldo. El sillón de Juanito tenía, además, cuatro ruedas de níquel bajo las patas. Juanito se había sentado, lo habían sentado en él, hacía siete años y todavía, hoy, siete años después, no se había levantado. Por delante el sillón disponía de una tabla para que Juanito Torres colocase sus pequeñí-

simas piernas retorcidas, delgadas más que los alambres. En el sitio para la nuca, el sillón de ruedas tenía una almohadilla para que Juanito descansase su cabecita pequeña, muy reducida, transparente y amarilla, que había salido de los adentros de su madre con la tapadera de los sesos cerrada, con el cráneo completamente cerrado. Juanito tenía catorce años, pero asemejaba seis o siete; aunque era y parecía que lo habían estirado, alargado. Y tenía un horrible y espeso bigote sobre los ladeados labios de una boca casi sin dientes. Pero lo que más impresionaba de Juanito, cuando conducido como siempre por su tía Africa, Afriquita Santana, salía a ganar dinero eran los brazos. Nunca estaban quietos. No paraban. No se detenían jamás. Incansables, eran aspas de molino contrahechas. Alas de una truculenta ave; eternas marionetas descontroladas. Las señoras, las mujeres, los señores y los hombres; los niños todos y hasta los pordioseros normales, acudían a depositar sus limosnas en la tela que Africa, Afriquita Santana, extendía delante del sillón de Juanito: monedas redondas de a cinco pesetas a veces; pocas de cinco duros; y un día ¡qué día! un billete de diez duros, de golpe; y ese mismo día ¡un día insólito! un billete grande, grandísimo, de color marrón, de golpe y porrazo. Y sobre todo, pesetas, pesetillas amarillas. Y la calderilla tintineante y alegre, de la infancia que es feliz. Juanito Torres era un monstruo de fealdad y horror. Una visión de los infiernos. Juanito Torres era idiota, imbécil, un bobo de nacimiento.

Casi todas las tardes Juanito marcha a su trabajo. Su tía Africa, delgada, nerviosa y de negro, mira cara

al suelo mientras empuja el carrito. Juanito se aposta en las esquinas estratégicas, o ante las puertas de los cines, el teatro, las iglesias, el canódromo y el estadio, o en los parques y plazas, y Juanito Torres gana muchas y buenas pesetas. Y es idiota, imbécil, un bobo de nacimiento. Y mantenedor de su familia. Y no dice palabra. Y es ¿por qué no? solitario en sueños como tantos otros, como todos los que andan y pisan por la tierra, unos sueños que día tras hora y tras minuto nadie, jamás, nunca, conocerá.

Hoy, 24 de Abril, a mediodía, Pinito, entre curiosa y sorprendida, toca un hierro del sillón de Juanito, hacia la derecha. Y dice:

—Pero si es el freno... ¡cómo brilla! Eso es que tu tía te lo limpió anoche ¿verdad? ¡Ya como brilla!

Y añade:

—Anda, déjame tocarlo bien.

Y Pinito alarga su brazo y su mano está ya sobre el freno niquelado del sillón. En un segundo el freno se dispara, se suelta. No comprende Pinito por qué el sillón, con Juanito encima, amarrado, gavioteando incansables brazos, retrocede y más retrocede, está en este momento en el filo del primer escalón y allí súbito, dá una todopoderosa vuelta como las campanas con Juanito encima, amarrado, y rueda y cae y voltea y voltea y cae y rueda todos los escalones —treinta— hasta el fondo del patio. Dos ruedecitas de níquel, en un total ruido, saltan por los aires; la tabla de los pies, en un ruido total, se parte en mil pedazos; y el freno, brillante y hoy casi de plata, en un ruido que se apaga, queda sobre los ladrillos del patio, junto, cerca de Juanito.

Juanito Torres está yerto, más amarillo y transparente que jamás, más tieso que nunca, partido en dos y muerto para todos los tiempos.

—¡Jesús!

—¿Qué ha pasado?

—Mamá, ¡Juanito se ha caído de la azotea!

—¡¡Ayyyy, que es Juanito!! Jesús, Jesús, Dios mío, que está muerto...

—¡Voy a buscar a Don Francisco, mamá!

—...Que se ha muerto. Ay, Dios, que está muertito...

—Ay, Dios mío qué desgracia, mamá.

—Corre, Pablito, corre... ¡Fuerte desgracia más grande! ¡Germán, baja, Germán!

—Ay, qué espanto, mamá... Ay, sí, Pablito corre corriendo a buscar al médico...

—¿Y para qué si está muerto, partidito en dos, Lolita, mi hija... Se ha caído y está muertito... ¿Pero tú no estabas arriba, Germán?

—Ay, mamá...

—¿Qué va a ser de nosotras ahora, mi niña? ¿Pero tú no estabas arriba, no estabas, dime, por qué me lo dejaste solo, por qué, por qué?

—Mi niño.

—¡Fuerte desgracia más grande, Virgencita del Pino! ¡Ay, Dios mío!

—Madre, ¿y ahora qué vamos a hacer?

—Mi niño.

—Ay, qué desgracia, qué desgracia...

—Mi niño.

Germán Torres, arriba, es una estatua. Africa, Afriquitita Santana, toda nervios siempre es ahora un

río negro que ha llegado a unirse al mar. Por las calles, en traje de baño, casi desnudo, Pablito corre desmelenado. Lola y Lolita componen una figura desusada, dramática y ridícula, con ademanes que ya no se llevan.

Por las azoteas, Pinito ha desaparecido extraña, asustada y entrañada.

El sol, que al mediar el día sale casi siempre entre las nubes de la playa de Abril, brilla sobre la casa, sobre los gritos y la comida de los pobres.

—¿Qué? ¡Díme! ¿Y ahora qué, qué, qué?

—Mi niño.

A los catorce años de llegado al mundo, es decir, hoy 24 de Abril, Juanito Torres —Juan Buena-ventura Torres y Santana en el Registro Civil— moría en la misma casa en que había nacido. Detrás, una calle más abajo, estaba la Avenida de la Playa de las Canteras, con ladrillos a dos colores, verdes barandillas y farolas verdes, escaleras grises hacia la pálida arena y finalmente el mar, apresado, diferente.

## TAGORO

colección de poesía, narración y ensayo

### *Ha publicado:*

- 1 Saulo Torón: *Frente al muro*
- 2 Antonio Murciano: *Nuevo cuaderno de Navidad*
- 3 Fernando Ramírez: *Mar que yace*
- 4 Mario Angel Marrodán: *Textos líricos*
- 5 Agustín Millares: *Nuevas escrituras*
- 6 Pedro Lezcano: *El pescador*
- 7 Lázaro Santana: *Noticia de un amor*
- 8 Pino Ojeda: *La piedra sobre la colina*
- 9 Chona Madera: *La voz que me desvela*
- 10 Alonso Quesada: *Poesía*. (Número extra)
- 11 Juan Marrero Bosch: *Juanito Torres, mantedor y  
solitario en sueños*
- 12 Lázaro Santana: *Espero por Machado*

### *En prensa:*

- 13 Ramón de Garciasol: *Herido ver*

### *En preparación:*

*Encuentro con Alonso* (Número homenaje a Alonso Quesada)

*Veinticinco años de poesía canaria* (Antología, 1940-1965)

*Alonso Quesada: Prosa*



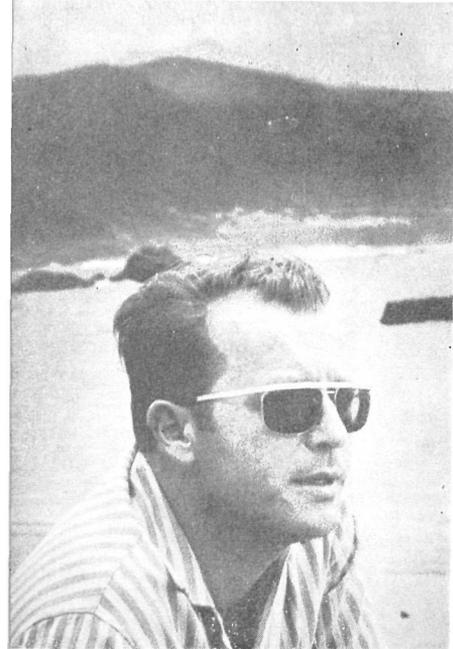
*Esta primera edición de «Juanito Torres»,  
cuaderno 11 de la colección Tagoro,  
se acabó de imprimir en la  
Imprenta Lezcano, el día 20 de Agosto  
del año 1965*

BIBL.UNIV.-LAS PALMAS DE GRAN CANARIA



\*484223\*

**BIG 860-3 MAR jua**



## JUAN MARRERO BOSCH

*Nació frente a la Playa de las Canteras, en Gran Canaria, un 21 de Septiembre. A los 21 años el Grupo Insular del Teatro de Cámara le estrena su drama «Encuentro con el final» (23 de Abril, 1957). Tiene inéditas varias obras teatrales y ha colaborado con ensayos meramente literarios en la prensa de Las Palmas.*

*JUANITO TORRES, narración que hoy publicamos, obtuvo el segundo premio en el concurso de Cuentos y Narraciones Canarias convocado por el Gabinete Literario. (El primero, otorgado a Pedro Lezcano por su cuento «El Pescador», fue publicado también en Tagoro).*

*JUANITO TORRES mereció tal galardón «por la viveza y exactitud de sus personajes y por el tono irónico con que en él se retrata un sector de la actual sociedad isleña».*